

Invernantes

Por: Gabriel Szollosy



LIBRECINE

Making
DOCS

PARIS★TEXAS

SINOPSIS ARGUMENTAL

Invernantes

*(en el diccionario no aparece la palabra invernante)

En forma de ensayo, el documentalista Gabriel Szollosy nos propone vivir un invierno en el monte. Las sudestadas acechan con rudeza y obligan a replegarse en los abismos de la memoria. **En medio del aislamiento, un encuentro con su vecino representa una pausa salvadora.**

Con el frío, el mecanismo del cu-cú se empasta y las agujas se detienen. Solo lo indispensable es todo el movimiento que hay: cortar leña, dar una vuelta, esperar. Sí, en el monte la espera es un movimiento. Con estas tareas sencillas, los invernantes van construyendo su propio relato. Mientras el mundo se hunde en la guerra, también Gabriel sale a ver si su vecino sigue vivo.

“Me pregunto si el chileno y yo somos amigos”.



Gonzalo (el chileno) y Gabriel (el director)



TRATAMIENTO DOCUMENTAL

Estructura narrativa

Hace 5 años, el cineasta Gabriel Szollosy encontró el cuerpo colgado de su vecino del fondo. “Desde que vivo aquí, la perspectiva que da el monte ha estado en todos mis documentales. Pero, desde que pasó lo de Luis, parece haberse agudizado. No solo con los docus; todo está teñido de eso”.

La película abre con esta secuencia y marca la tensión que subyace durante todo el metraje: “en cualquier momento nos puede pasar a nosotros”. Aunque no hablan del tema, los habitantes del monte saben que no deben olvidarlo. “El peor peligro del monte aparece en invierno y es la propia cabeza”, se dice en algún momento. Hasta aquí la primera parte, en forma de prólogo.

Pasados los títulos, en la segunda parte se presentan los personajes. Gabriel, el director del documental, y Gonzalo, su vecino chileno, primer habitante del monte. Hace 30 y tantos años que construyó su casa, más cerca de la playa. Las imágenes de distintas guerras en la

tele de Gonzalo, parece sugerir que la vida está sucediendo en otra parte.

En la tercera parte, se cuenta un manojo de historias, “las mismas que venimos retocando invierno tras invierno”. Estas historias, en principio inconexas, comienzan a hilvanarse con el trasfondo helado que las enmarca. Todas ellas se reúnen en los dos o tres temas de siempre: la esperanza, la soledad, el olvido.

La cuarta y última parte se introduce con un congelado de la imagen. Se esboza la idea de “pausa” como condición indispensable de la creación. Luego, se propone un cambio de formato para contar “lo que le pasó a Gonzalo”. El recurso de hablar a cámara, pretende dejar en evidencia que todo se trata de un relato. Se hace explícita, además, la premisa de la película: construir nuestro propio relato es una forma de libertad. Finalmente, se presenta la historia del chileno en forma “de película”. En este sencillo cuento confluyen los cuentos anteriores (y los que quedarán sin contar).

BOCETO DE GUIÓN

Primera parte

La cámara avanza sigilosamente entre el monte espeso. Se oyen las pisadas en las hojas secas. Se ven las manos que apartan los arbustos. El sol del mediodía se cuela entre los pinos. Se descubre un rancho en abandono.

Cuando un árbol cae en el monte y no hay nadie que lo escuche, ¿hace ruido? Hacía meses que Luis, mi vecino del fondo, no venía al monte. Yo sabía que no andaba bien. La noche que apareció, me vino a buscar y yo no estaba. Me dejó la sierra que le había prestado a modo de mensaje. A la mañana siguiente fui yo quien encontró su cuerpo. Hace ya 5 años que su silencio permanece colgado en el monte.

Cierra a negro.

Las olas marrones vienen y vienen y vienen, y empujan furiosas la playa cada vez más acá. El viento sopla del sur. Las colas de zorro se aferran al barranco. Dejarse curvar es su forma de resistencia.

Se lee el título: Invernantes



Segunda parte

Vemos los negocios de la playa con las cortinas bajas. Las casas cerradas, los patios llenos de hojas, los juegos de los niños, huérfanos. Mientras, se oye un noticiero.

La solución al conflicto se encuentra en un punto muerto. Las partes insisten en mantenerse firmes y cerrar la comunicación formal. Mientras tanto, el comité de ética...

En la tele se ven autoridades en rueda de prensa. Vemos imágenes de edificios destruidos, unos soldados en combate, aviones de guerra cruzando el cielo. La cámara se aparta de la pantalla y recorre la casa de Gonzalo. La mesa redonda llena de cosas, los sillones destartalados, la cama revuelta con el mosquitero encima, palos, tablas, la cocina con todo a mano y, sobre el mueble enclenque, una vieja Underwood hibernando tras la cubierta de telaraña. Se oye unos martillazos. Por un agujero del techo vemos al chileno clavando unas latas. Por la ventana se ve a Gabriel que sostiene la escalera.

–Tené ojo, Gonzalo.

De la tele se oye “*estamos intentando un diálogo de paz, por lo cual...*”

Caen trozos de leña van haciendo crecer la pila. El cielo amenaza tormenta. Gabriel hace una pausa para beber agua. Coge el hacha y retoma el trabajo.

¿Viste que acá solamente hay prisa cuando se viene la tormenta? –me dijo el otro día el chileno—. Ni él ni yo vinimos al monte por voluntad o por mérito. Acá se cae, nada más. Ayer pasé a ver cómo estaba. A ver si todavía estaba.

Tercera parte

Los días de sol y de tormenta se suceden. Mientras esperamos que amaine la tormenta, vemos las tareas cotidianas más arriba presentadas. Comienzan a desgranarse las historias que siguen, cada una precedida de su título (aunque no necesariamente en este orden).

Brother De la caja de fotos familiares, Gabriel saca su vieja máquina de escribir Brother. “Mi madre me compró esta máquina cuando era niño para algún día ganarme la vida. Gabriel comienza a teclear: “La vida es el arte del encuentro. Vinicius. Las ideas y recuerdos dan forma al paisaje. Yo.” Posiblemente, en algún pasaje, algún mini-pensamiento se escribirá a máquina.

Tokio Gabriel abre el armario donde guarda los equipos. Hay trípodes, luces, cintas, etc. Toma una de las cintas mini DV. Se pone a ver las imágenes de Tokio en el pequeño monitor de la cámara. El barrio de Ginza, con sus chucherías de electrónica, los parques de cerezos en flor, la ceremonia del té, etc.

Hace unos 10 años me mandaron a Tokio a hacer una investigación, para un documental sobre los cafés de música clásica. Uno llega a un meikyoku kissa, pide un café o un té, y se sienta a escuchar música. Programan igual que una radio: jueves de 16 a 17, Liszt; de 17 a 18, Mozart, y así. Pasan discos de vinilo, por supuesto. Y si es pasta, mejor.

Vemos imágenes de los cafés de música clásica.

Para muchos japoneses, la música clásica sigue siendo una “novedad occidental”. Hay que pensar que Japón estuvo cerrado al mundo durante siglos. Todo les llegó más tarde (¡los juegos olímpicos 2020 se hicieron en 2021!). Los viejos nacidos antes de la guerra, todavía resisten férreamente todo lo occidental. Para ellos son

símbolos de la derrota de su cultura. Luego de la guerra los meikyoku kissa superaban los cien. Cuando yo estuve quedaban apenas cinco...

En la cabaña suena música clásica. Gabriel está tomando un café. La cámara recorre su espacio: libros, adornos, detalles. Se detiene especialmente en las fotos de una niña, tomadas a diferentes edades. En alguna aparece Gabriel junto a ella, su hija.

(continúa el relato) No recuerdo el nombre de esta japonesa. Me contó que era maestra de jardinera; que hacía un par de años había puesto su café en este sótano. Le iba bastante bien, me dijo. Y se quedó callada. Entonces prendió un cigarrillo. Me confesó entonces que, lo único que esperaba, era algún día ver a sus padres bajar por esa escalera.

Morral En casa del chileno, Gabriel coloca la cámara y le pide a Gonzalo que le cuente la historia de su morral. -Ya te la conté muchas veces. -Ya sé, pero no se la contaste a la cámara.

Este morralito lo tengo desde los dieciocho años. Yo recién había empezado la universidad. Hubo un fin de semana largo y regresé por primera vez a mi pueblo. Cuando vuelvo a Santiago, me encuentro con un paro de ómnibus. No podía regresar al retiro de los curas donde daban alojamiento a estudiantes. Como no era tan lejos de la terminal, arranqué caminando (las tenía contadas, eran 34 cuadras). Por la mitad de camino me dio hambre y me senté a comer. Mi tía me había regalado este morral y me había puesto unas empanadas y una botella con agua. Entonces, yo estaba comiendo, pensando en mis cosas, cuando de repente veo que se viene una estampida de gente corriendo con los milicos detrás. Como yo era el único que estaba quieto, los milicos me vieron y me agarraron a mí. ¡Yo estaba comiendo unas empanadas! La cuestión es que me llevaron y me tiraron en un calabozo. A cada rato venían, me interrogaban, me daban con un palo... Yo no sé quién pensaban que era yo. Me mostraban la mochila y me preguntaban por los libros (¡eran mis libros de estudio!). Tenía los libros y un par de calzones, supongo. ¡Las empanadas se me las comieron los hijos de puta! Entonces, en una de esas, entra otro que yo no había visto nunca y dice: "¿No ven que este es un huevón que no mata ni una mosca? Yo lo conozco, vive en lo de los curitas". Después de eso no quise saber más nada con el verde. Metí las dos o tres cosas que tenía en el morral y me mandé mudar. Y aquí estoy...



Carta Gabriel se enjabona la barba frente al espejo. Comienza a afeitarse. La cortina del baño tiene estampado un gran mapamundi.

El otro día leí una noticia en internet. El título decía: “Tras ocho décadas, la última carta de un soldado italiano caído en la URSS llegó a su casa”. Revisando unos papeles, una señora italiana encontró el sobre y se puso en contacto con la familia destinataria. En la carta, Vincenzo Fugalli cuenta a su familia que se encuentra bien, cerca de Stalingrado y a 40 grados bajo cero. Vincenzo moriría un mes más tarde de haber despachado la carta. En el artículo de prensa, su sobrina dice que, si tuviera que quedarse con una frase del texto, sería una que siempre le hace llorar: “aquí te reconiertes en bueno”.

Se ve la foto de Vincenzo con sus bellísimos 23 años. Gabriel se ha afeitado el bigote como él.

Horizonte Gabriel está de pie al borde del barranco. Ahí abajo el agua marrón viene y viene y viene, y empuja la playa cada vez más acá. Las colas de zorro resisten al viento dejándose peinar por su violencia. Hermosamente brutal el invierno.

“Cuando le conté al Vasco que mi vecino del fondo se había colgado, me preguntó que cómo era. Se lo describí, y entonces me dijo que sí, que él lo vio. Que recuerda que estuvo parado acá, sin moverse, mirando el horizonte, como por una hora. Que él lo miraba desde su casa y le parecía raro.

El plano ahora es desde más lejos. Gabriel, de espaldas a la cámara, en el barranco de frente al mar.

La cámara me está filmando ahora desde la casa del Vasco. Posiblemente sea así la última imagen que alguien tenga de Luis con vida. No se conocían, pero si Luis hubiera mirado hacia atrás... Cuando le conté al Vasco que quería hacer este documental enseguida se sumó como productor. Fue él quien me recordó no dejar afuera la historia de Luis”.

Come-flores Luego de una nueva tormenta Gabriel sale a ver al chileno. Atraviesa el monte con sus botas de lluvia. Han caído muchas ramas. En casa de Gonzalo el té es una montaña de tés usados sobre un colador. Conversan sobre sus enfermedades y medicamentos. Luego, la cámara se aparta y curioseosa por la casa.

Gonzalo es de Antofagasta, una ciudad minera al norte de Chile; una puntita del desierto de Atacama que fue parte de Bolivia y que todavía reclama por ser su única salida al mar. Una vez Gonzalo trajo a su mamá y a su tía a conocer su casa. Me contó que las agarró una tormenta de verano y que las dos viejas salieron a empaparse: nunca habían visto la lluvia.

La cámara sale y explora los exteriores de la casa del chileno. La casa luce estropeada, apuntalada por aquí y por allá. (Sin duda, tiene estilo). Los perros se mueven inquietos tras el alambrado y ladran a la cámara.

El otro día leí acerca de los antófagos, unos seres mitológicos cuyo nombre viene del griego y significa “comedores de flores”. Los antófagos eran inmortales. No se volvían viejos, sino que iban desapareciendo, se volvían transparentes. Entonces, se internaban en el bosque para alimentarse de unas flores que caían del cielo. Eso les permitía volver a tener un cuerpo normal, como el de nosotros. Literalmente **mataban el tiempo con flores...**

Vemos en los alrededores de la casa del chileno decenas (literalmente decenas) de pinos caídos como mikado en sucesivas tormentas. La casa del chileno está hoy rodeada de arena.

(continúa) Pero sucedió que el monte comenzó a secarse y a convertirse en un desierto. Por lo que cada vez les resultó más difícil encontrar las flores del cielo. Desde entonces, su única forma de permanencia corpórea es a través de sus hijos. Igual que nosotros. Por ello, llegada cierta edad, en vez de hacerse viejos, todavía van desapareciendo de a poco. Sin hacer ruido. Sin dejar rastro.

La cámara regresa a la conversación en torno al té. Sobre la repisa vemos fotos descoloridas de Gonzalo con su hijo.

(continúa) Aclaremos, por las dudas, que Gonzalo es antofagastino, no antófago. Creo...

Niebla La playa amanece con niebla espesa. El agua está en silencio. Desde la arena Gabriel contempla el barranco. Las colas de zorro permanecen blancas e inmóviles.

Este barranco tiene 8000 años de antigüedad. Cada nueva tormenta el mar se lleva algunos centímetros. La playa se va desnudando dejando ver lo que hay debajo. A veces aparecen huesos.

Gabriel pasea por la playa. Todo es blanco como dentro de una nube. De entre la niebla surge una silueta. Andrea junta piedritas de la orilla.

Andrea siempre está juntando piedritas. Una vez me dijo que es para un proyecto. Me contó que su padre es óptico y que le pule las piedras para su proyecto. Yo nunca le pregunté proyecto de qué.



Gabriel y Andrea caminan juntos por entre la niebla. La cámara los sigue detrás y luego baja siguiendo sus huellas.

-Me gustaría hacerte una pregunta.

-Sí.

- ¿No te parece que sin misterio todo esto sería muy aburrido?

(veremos aquí qué diálogo surge con este disparador)

La punta del barranco está coronada por un único árbol. El viejo árbol ha crecido enclenque y encorvado. Gabriel rodea el árbol. Andrea organiza su bolsa de piedritas.

Desde que llegué, hace 10 años, el árbol bandera se está muriendo. Una vez encontré aquí un grupo de arqueólogos. Habían excavado un cuadrado de un metro por un metro y 10 centímetros de profundidad. Sacaban unas piedritas y las guardaban con cuidado en unas bolsitas etiquetadas. Me contaron que por aquí se encontró la evidencia de presencia humana más antigua del país: los restos de un fogón de hace unos 3000 años. En aquella época el barranco ya estaba hacia 5000 años. Seguramente el agua se encontraba bastante más adentro. El habitante más antiguo de la zona debe ser este (por el árbol). Los de por aquí le decimos "árbol bandera". Por la forma, claro. Aunque, la verdad, yo tengo la duda si es la forma del árbol o es la forma del viento.

Andrea ya no está. Gabriel queda solo en la niebla.

Lo que le pasó a Gonzalo Brilla el sol. En los árboles motea la última lluvia. Gabriel va camino al almacén. El chileno se acerca de frente bamboleándose con el palo que usa como bastón: "No sabes lo que me pasó", dice Gonzalo. Y en el instante preciso que termina la frase, la imagen se congela.

Hagamos aquí una pausa. Lo que ahora Gonzalo me va a contar le sucedió de verdad. Pero, como cineasta que soy, quisiera pedir permiso para cambiar de género. Me gustaría contar esta historia como una ficción, como una "película de verdad". -¿No Gonzalo? -Sí, como una película— Cuando se lo propuse a Gonzalo le pareció divertido. Además, tendríamos una cosa más para contar en el futuro. Es que **a los invernantes nos sobra tiempo. Y lo usamos para crear nuestro propio relato.** Posiblemente algo así sea la libertad, ¿no?

Amanece y hay viento. Gonzalo avanza como puede ayudado por su palo... (todo está filmado como ficción).

El otro día fui a la policlínica a buscar los medicamentos. A las 7 de la mañana estaba haciendo la cola de siempre.

La cámara se detiene en los rostros somnolientos de la gente que espera.

¡Un frío! Todo el mundo con los tapabocas. Al final allá, a las cansadas, me atendieron. Y qué, lo de siempre: no había la mitad de los remedios. Me mandaron a Montevideo. Vuelta para atrás. En fin... Que esperar el bus más de una hora. Que subir, que el tapabocas, que pasar al fondo.

De nuevo, tras los tapabocas los rostros ya cansados de los pasajeros. Un par duermen.

Me dejé caer en el asiento de la última fila. Estaba tan lindo el sol entrando por la ventana que me quedé dormido...

El chofer conduce. El guarda cobra boletos. Se ve por la ventanilla el paisaje haciéndose cada vez más urbano. Se ven imágenes de la gente entregada a las tareas propias de ciudad. En nada se diferencian de un invernante.

Cuando me desperté estaba en un lugar que no conocía. Tan bajito yo, quién me iba a ver perdido por allá atrás. El bus había llegado a la terminal, había bajado toda la gente y yo seguía durmiendo como un oso. ¡Me desperté en el garaje de los buses, vaya a saber dónde! El bus estaba cerrado.

Vemos un mecánico engrasado haciendo su tarea mientras escucha radio.

Tuve que golpear en el vidrio para ver si aparecía alguien. Al final me vio un mecánico. Sorprendido me abrió la puerta y me dijo que "y 43" salía el próximo. Entonces, como yo tenía tiempo (y si no era el próximo, sería el otro o el otro), aproveché y salí a dar una vuelta **por donde la vida me había llevado**.

El mecánico ve al chileno alejarse y vuelve a su trabajo.

Créditos finales.

Mientras corren los créditos: Vemos el video de Japón que antes se contara verbalmente. La maestra japonesa pone un disco de música clásica y enciende un cigarrillo. En su café vacío fuma a la espera de que algo suceda.

